

MIENTRAS MÁS CAMBIAN LAS COSAS...

TRADUCCIÓN DE HÉCTOR TOLEDANO

HASTA HACE POCO, EL GRAN VALLE DEL RÍO BALIEM, EN LO alto de las montañas centrales del Irian Occidental indonesio, pertenecía más a la leyenda que a la realidad. Durante cientos de años pasó inadvertido a todos excepto a un puñado de los más intrépidos viajeros, circunstancia que hasta fecha relativamente reciente permitió a un pueblo de agricultores guerreros llamados Dani florecer en una edad de piedra de deslumbrante e inobjetable autenticidad. En 1961 mis compañeros y yo pasamos más de medio año en este paraje asombroso para describir con imágenes y palabras su intenso pero frágil mundo. Llegamos por invitación de los holandeses, quienes gobernaban todavía este último remanente de su imperio en las Indias Orientales y estaban preocupados por la forma en que el desarrollo de los acontecimientos venía orillando a los danis y a otras delicadas sociedades hacia un cuestionable abrazo con la modernidad. Desde entonces era claro que los danis, lejos de dormir como moscas dentro de un ámbra eterno, habían emprendido ya un proceso de transformación acelerado y acaso peligroso. Fue para constatar cómo había cambiado su vida después de tres décadas que volví allá el año pasado. Encontrarme de nuevo con varias de las personas con quienes había vivido aquel primer encuentro fascinante y melancólico a la vez me llevó a preguntarme cuál es la verdadera importancia de las apariencias y si, a pesar de que el tiempo nos va alterando constantemente, nunca cambiamos en realidad.

Para mediados de siglo, los danis ya tenían conciencia de que había personas que no eran ni vivían como ellos y cuyo hogar se encontraba a gran distancia de sus immaculados cultivos. Tales "otros" se habían hecho presentes de diversas e inesperadas formas. Durante la segunda guerra mundial, un DC3 repleto de soldados estadounidenses de vacaciones se estrelló en el extremo norte de su valle. Poco se sabe de lo sucedido al enfrentarse estos dos mundos antagónicos o de lo que cruzó por la mente de esas personas cuando los sobrevivientes se elevaron al cielo en un dramático rescate por planeador. Lo único que queda de tan bizarro acontecimiento son los restos del avión, que todavía sirven para orientar a los pilotos que atraviesan el Valle Pass. Los primeros ojos occidentales en contemplar a los danis bajaron de los cielos en una visita anterior cuando la expedición botánica de Richard Archbold acuatizó en un avión Grumman anfíbio sobre uno de los tramos más rectos del Baliem. Yo sabía de esta hazaña cuando empecé a pensar en hacer mi propio viaje. Incluso localicé a una persona que estuvo a bordo de la aeronave, un científico llamado Leonard Brass. Tengo memoria de haberle

telefoneado a algún lugar de Florida para preguntarle sus recuerdos de aquel azaroso encuentro y me dijo que la expedición tuvo grandes dificultades para evitar que los danis desbordaran su campamento. El señor Brass me recordó que su interés principal eran las plantas y los árboles y que por ello no prestaron mayor atención a la multitud de nativos curiosos que se arremolinaban contra sus tiendas de campaña. De hecho, creo que también dijo que tras una estancia breve habían abandonado el Gran Valle para continuar hacia, botánicamente hablando, prados más fértiles. De aquel momento fugaz quedan imágenes de una intensidad casi inconcebible. Tengo en mente las granulosas pero inequívocas fotografías, en el American Museum of Natural History, del avión de Archbold volando a poca altura y unos hombres desnudos que corren debajo de él disparando flechas al aire con la esperanza de derribarlo.

Además de los soldados estadounidenses y la expedición de Archbold, muchos otros llegaron al valle del Baliem antes que yo. Los misioneros y sus pilotos, cuya actividad en Nueva Guinea comenzó casi desde el momento en que cesaron las hostilidades con los japoneses, se cuentan entre los primeros y más numerosos. Aún en tiempos tan recientes como 1961 el valle del Baliem era poco conocido y según los informes más confiables muchas comunidades de la región seguían sin tener contacto alguno con personas ajenas a su muy limitado entorno. Con la esperanza de recabar información útil sobre el valle y sus habitantes nativos, visité el cuartel de un misionero protestante en Manhattan. No encontré a nadie que hubiera estado en Nueva Guinea pero sí sostuve algunas conversaciones cautelosas con personas que tenían contacto directo con sus hermanos en campaña. También leí, con cierto recelo, los boletines donde se publicaban las cartas y relatos enviados por los misioneros a sus congregaciones de base. En ellos se exponían, sobre todo, diversas razones para concebir a los danis como "almas malditas" que vivían en dolorosa "oscuridad". Tales narraciones, a veces espeluznantes, se referían con frecuencia a la habitual "perfidia" de los danis, lo que daba la impresión de que ésta podría ser incluso su principal atributo. Era lógico concluir, tras leer estos tratados, que dicho carácter traicionero era responsable de su casi unánime incapacidad para acceder al Evangelio, por no mencionar su imperceptible progreso hacia la conversión. Sea como fuere, tomé demasiado en serio el "color" editorial que probablemente fue agregado a estas páginas por el efecto que podría tener sobre la generosidad de las congregaciones locales. No obstante, hasta mi primer encuentro con

los danis, confieso haber sentido cierta inquietud respecto de cuáles serían ciertamente sus "verdaderas" intenciones.

En 1961 casi no había danis en Wamena, que es actualmente una de las ciudades más grandes y de mayor crecimiento en Irian Occidental. Los pocos que se veían eran habitantes de las aldeas cercanas, ya un tanto desorientados por las distracciones que provocaba la estación local de policía. La primera vez que vi a un guerrero dani encadenado, tal vez por algún acto violento pero más probablemente por robarse un cerdo (algo muy característico de los danis), sentí que presenciaba un encuentro bastante repulsivo. Cambiando de tema, recuerdo ciertas ocasiones durante aquellos primeros días en Wamena en que algunos danis se acercaron lo suficiente para poder escuchar el impresionante ruido que producen al rechinar los dientes. Este es un hecho al que pronto dejé de prestar atención pero cuyo significado aún desconozco. Había en Wamena una pequeña pista de hierba donde aterrizaban, si no había llovido mucho, los aviones del gobierno y de los misioneros, que eran la única forma de llegar al valle. Holanda, la capital, estaba en la costa norte, separada por cientos de millas de territorio virtualmente intransitable. El año pasado me dijeron que existe el proyecto de construir una carretera que conecte a Wamena con Jayapura (Holanda), empresa inimaginable en 1961 y ahora sencillamente improbable. De cualquier modo, fue volando como llegué al valle y como habrían de reunirse conmigo mis compañeros. Los primeros en llegar fueron Michael Rockefeller y Karl Heider. Michael acababa de graduarse en Harvard, donde yo era instructor, y Heider era estudiante de posgrado. Un viejo amigo, Peter Matthiessen, llegó poco después procedente del Gran Arrecife para quedarse hasta el final. Otros, como el fotógrafo Eliot Elisofon, llegaron más tarde y permanecieron durante diferentes periodos de tiempo.

El primer y realmente decisivo encuentro con los danis ocurrió casi un mes antes de la Pascua de 1961, cuando en compañía de un joven sociólogo holandés llamado Jan Broekhuysen viajé a Kurelu, una zona del valle relativamente lejana y aislada que tomó su nombre de un personaje famoso por su astucia política y su habilidad guerrera. Fuimos ahí en busca de un lugar donde pudiéramos vivir durante tiempo indefinido fuera del alcance de las influencias gubernamentales o misioneras. Por aquel entonces Jan trabajaba como oficial de la policía de distrito en un valle vecino. Llevaba viviendo en los altos alrededor de un año y para cumplir sus tareas caminó cientos de kilómetros por un terreno idéntico al valle del Baliem. El vestido, la dieta y la mayor parte de la vida ritual y cotidiana era igual en los dos lugares. Sólo el idioma era diferente. Casi tan diferente como el italiano y el francés, lo que quería decir que Jan podía entender dani pero no, al principio, con mucha fluidez. Se puede considerar un signo de gran aislamiento que dos poblaciones separadas por sólo dos o tres largos días de marcha hablen lenguas notablemente distintas. Pero era un hecho que los habitantes del Baliem pocas veces se aventuraban más allá de sus fronteras más estrictas. Esto se debía a que bajo las reglas de la guerra ritual que dominaba sus vidas desde la infancia hasta la vejez, cualquier incursión a través de esas fronteras implicaba riesgos mortales. El enemigo al otro lado de la tierra de nadie significaba una muerte segura. A veces las mujeres, decepcionadas de la vida, elegían suicidarse cruzando la frontera. En 1961 cada asentamiento dani

(excepto unos cuantos cercanos a la estación gubernamental de Wamena) formaba parte de una intrincada red de confederaciones guerreras, y aunque la conformación precisa de dichas alianzas podía cambiar de vez en cuando, los propósitos y las prácticas para las que fueron creadas seguían vigentes. Calculé que la mayoría de la gente con la que viví en 1961 no se alejaba de su zona más de cinco millas en cualquier dirección durante toda su vida. La historia reciente, por supuesto, demostró que esta teoría carece de valor predictivo. Cuando regresé al valle el año pasado, Pua, un dani que durante los últimos 25 años alcanzó cierta celebridad internacional como el pequeño porquerizo de mi película *Dead Birds*, me pidió efusivamente que lo llevara a América o cuando menos a Yakarta.

A Jan y a mí se nos unió Abututi, un habitante de los altos, de lengua dani, que había sido enrolado en una especie de guardia civil nativa, y partimos de Wamena por río en un bote con motor fuera de borda que nos prestó el jefe local del gobierno holandés. Creo que este hombre nunca vio con buenos ojos nuestras intenciones. Después de todo, partíamos de puntos de vista muy diferentes en nuestras respectivas relaciones con los danis. Su trabajo era tratar de fomentar un orden de tipo noreuropeo en un lugar donde las enemistades rituales brotaban periódicamente en batallas campales y donde robar cerdos o hasta esposas era tolerado dentro del sistema de sanciones establecido. Yo sentía que nuestra tarea implicaba no tratar de reformar las vidas ajenas aunque se violentaran nuestros propios principios morales. Eso hicimos en gran medida, pero fue inevitable interferir ocasionalmente, como cuando mis amigos danis planearon el asesinato a sangre fría de una mujer de una aldea vecina que, por razones que sólo ella conocía, cruzó la frontera. También llegamos a administrar penicilina en casos de infecciones avanzadas pero aún tratables. Ahora me queda claro, en retrospectiva, que nuestros esfuerzos por ser neutros u objetivos estaban condenados desde el principio y que la mayor verdad era que nuestra mera presencia no podía sino crear una carga inevitable de esperanzas y sueños.

Era bien entrada la tarde cuando llegamos caminando desde la orilla del río hasta una colina larga que apuntaba, como un inmenso dedo, hacia el este, donde yo había decidido buscar un lugar para vivir. Llevábamos provisiones para los días que iba a durar el viaje y teníamos la esperanza de encontrar a algunos danis de la región dispuestos a ayudarnos a cargarlas. Pero se estaba haciendo tarde y sólo quedó tiempo para prepararnos a pasar nuestra primera noche a campo abierto. Resultó que tanto Abututi como yo veníamos armados; él con un rifle que le dieron como emblema de autoridad y yo con una escopeta que me aconsejaron que trajera de Estados Unidos. Nunca supe si a Abututi le habían dado también balas ya que no tuvo ocasión de usarlas, pero sospecho que no. Yo, por otra parte, sí tenía munición, porque todos los que conocían el Baliem me dijeron que estaba lleno de muy comestibles patos. También pensé que este sorprendente instrumento que podía matar a tantos pájaros con una enorme explosión serviría para protegernos si llegaban a concretarse nuestros peores temores respecto de los danis. Esa noche maté mis primeras aves. Di cuenta de ellas sin mayor ceremonia, cuando estaban sentadas en fila sobre un pequeño tributario del Baliem, a la vista, intencionalmente, de varios danis que se habían quedado a ver lo que estábamos haciendo. Creo que lo que los persuadió de venir a ayudarnos a la mañana

siguiente fue que a pesar de que íbamos a penetrar con ellos en la profundidad del territorio habitualmente prohibido de sus enemigos, esta arma extraordinaria los librará del peligro.

Desde la colina donde habíamos pasado la noche vimos los puestos de observación de dos grupos antagonicos, la gente que vivía en la inmediaciones y, a lo lejos, la gente de Kurelu. Desde esas torres ubicadas a ambos lados de la tierra de nadie que separa sus respectivos cultivos y aldeas, los centinelas observan los movimientos del enemigo a lo largo del día. Cuando la noche empieza a caer, bajan de sus torres y se dirigen a casa, asegurándose de llegar a sus aldeas antes de que los espíritus de sus propios muertos los acosen con exigencias y maldades. Las torres pertenecientes a los pobladores del entorno inmediato no estaban lejos de donde pasamos la noche, mientras que las de sus enemigos se encontraban varios kilómetros hacia el este, al otro extremo de un gran pantano que en otro tiempo debe haber sido parte de un sistema abandonado de cultivos. Ya era tarde y los centinelas habían dejado sus puestos de observación para irse a casa, pero no me cabe duda de que nos vieron más temprano, mientras caminábamos a lo largo de la colina hasta el lugar donde dormimos esa noche. Tampoco tenía duda de que al día siguiente iban a redoblar su vigilancia habitual.

Al amanecer el valle estaba cubierto por una espesa niebla que limitaba la visibilidad en todas direcciones. Esta fue una característica habitual del clima durante todo el tiempo que pasamos en los altos. A casi una milla exacta de altitud, el Baliem corre por debajo de un grupo de nubes de poca altura que abundaban en estos valles interminables. Pero a menos que lloviera, lo que sólo ocasionalmente duraba más de un día, las neblinas tempranas eran por lo general meros preludios de un sol intenso y un cielo muchas veces dramático. Por su cercanía con el Ecuador hay pocos indicios del paso de las estaciones en esta latitud y rara vez se me ocurría pensar que en ese momento la nieve estaba dejando paso a un calor asfixiante en Nueva Inglaterra. La única nieve que vi aquel invierno en el Baliem coronaba la cima de algunas de las montañas más altas del mundo, a menos de cien millas de distancia. En el valle del Baliem el tiempo estaba compuesto por una sucesión de días y noches prácticamente idénticos. El sol siempre parecía salir y ocultarse a la misma hora y la temperatura oscilaba dentro de un rango relativamente estrecho. Aunque hacía fresco en la noche y en la madrugada, los danis parecen habérselas arreglado siempre para no vestir ropa alguna. Por modestia, las mujeres llevaban faldas de fibra de orquídea trenzada en forma de red que colgaban milagrosamente de sus esbeltas caderas. En la actualidad los danis visten en su mayoría harapos viejos, sucios y mal entallados porque se les dice que son unos salvajes si andan desnudos. Los primeros en introducir estas ideas fueron los misioneros pero me han dicho que el gobierno indonesio tiene remilgos similares que su ejército hace explícitos de vez en cuando lanzando desde sus aviones enormes bultos de ropa usada.

Cuando estuvimos listos para emprender la marcha, el sol ya había hecho desaparecer la niebla, lo que permitía ver con claridad, al noreste, la aldea de Kurelu. Recuerdo que me llamó la atención la imagen poco común en este valle deforestado de un grupo de árboles profundamente verdes ubicados al pie de la ladera oriental y, acomodadas a su alrededor en una especie de semicírculo, pude ver varias aldeas pequeñas.

No lo sabía la mañana del jueves 2 de marzo de 1961 pero ese manchón verde sería nuestro hogar durante los próximos meses. Era una arboleda de lo que seguramente es uno de los máximos logros de la horticultura, la araucaria.

Con los hombres a quienes habíamos persuadido de que nos ayudaran a cargar nuestras diversas provisiones, Jan, Abutu y yo partimos en dirección de la arboleda de araucarias. El camino nos condujo a lo largo de la colina donde habíamos pasado la noche y después por un sendero que llevaba al pantano que se extendía entre los puestos de observación de nuestros acompañantes danis y los de la confederación Kurelu, al noreste. Mientras estuvimos en territorio elevado fue posible ver un gran incremento de la actividad en los puestos de observación al otro lado del pantano. Los vigías habían trepado a sus torres y se veían grupos de guerreros en los refugios aledaños. A media mañana estábamos metidos hasta las rodillas en el pantano y sólo alcanzábamos a ver a unos cuantos metros de distancia, entre los carrizos y la hierba. Me era imposible dejar de pensar en lo raro que me sentía, lo semejantes que éramos a una pequeña manada de torpes mastodontes, conducidos por astutos cazadores prehistóricos hasta este lodazal donde costaba trabajo poner un pie frente al otro. ¿Cuándo empezarán a volar las flechas?, me preguntaba, mientras escuchaba gente correr por todos lados sobre los terraplenes de las parcelas abandonadas.

Durante nuestra lucha contra el lodo nunca supimos exactamente dónde estábamos. Lo único que podíamos hacer era seguir nuestro curso guiándonos por referencias en lo alto de la ladera de la montaña. Resultó que la dirección tomada nos condujo a un espacioso claro donde una enorme multitud de guerreros nos estaba esperando. Conocían nuestra posición desde que salimos en la mañana. Nos habían observado desde las torres y, más tarde, los exploradores siguieron nuestro trayecto a través del pantano. Casi todos iban armados, con una lanza o con arco y flechas. Las lanzas eran piezas de belleza letal, de alrededor de doce pies de longitud, perfectamente rectas y exquisitamente balanceadas. Los arcos, de aspecto robusto y tensados con ratán, medían aproximadamente cuatro pies de largo. Cada arquero portaba un puñado de flechas bien afiladas pero sin plumas. Jan y yo habíamos ensayado muchas veces lo que diríamos cuando se presentara, si se presentaba, la situación en que nos encontrábamos ahora. Era lo que ambos deseábamos tanto desde hacía tiempo. Sabíamos que hasta encontrar un grupo dani cuya vida transcurriera fuera de la influencia gubernamental o misionera, no podríamos conocer su mundo tradicional. Cuando encontráramos una comunidad que se aproximara a esta clase de aislamiento, sencillamente les pediríamos permiso para quedarnos con ellos a observar cómo transcurrían sus vidas. Aquel tenso y fatídico medio día, en el claro cercano a la ladera de la montaña en Kurelu, eso fue lo que tratamos de decir. No tengo idea de lo que nuestras palabras significaron más allá de lo que nosotros queríamos transmitir, pero estoy seguro de que algunos entre los muchos que nos escuchaban, se dieron cuenta de que sus vidas estaban a punto de cambiar. Otros posiblemente sospechaban que estos "hombres serpiente", el término que aplican los danis a los extranjeros, faltaban a la verdad al declarar que no deseaban nada de ellos. En primer lugar queríamos estar seguros de que todos entendieran que nuestra intención, a diferencia de los misio-

neros y el gobierno, era no agregar ni sustraer nada de sus vidas. Tal declaración, con toda la enfática pasión que contenía, me parece ahora que ignoraba el hecho fehaciente de que ya me había "agregado" yo mismo, y además, que llegue sin ser invitado a una comunidad desprevénida. Por otra parte, no sólo llevaba conmigo diversos artículos extraños que suponía, incluso calculaba en ciertos casos, habrían de interesar a una mente curiosa, sino que también venía acompañado por un considerable bagaje de ideas, valores y objetivos, algunos de los cuales tenían relación con el hecho de contar con un inmenso caudal de datos, impresiones y supuestos respecto de sus vidas.

Aquel día uno de los presentes que comprendió con mayor rapidez lo que podía significar ese encuentro, especialmente para sí mismo, fue un hombre relativamente joven llamado Wali. Al menos ese dijo que era su nombre. Más tarde nos enteramos de que lo había inventado, más o menos irreflexivamente, para poder tratar con nosotros de manera anónima. Su verdadero nombre era Umue y su estrella iba en ascenso entre las filas de los jóvenes líderes de esta zona del valle. En poder e influencia estaba muy por debajo de Kurelu y de tal vez otra docena de hombres mayores, pero era en extremo brillante y su súbita inspiración de llevarnos a una loma a las afueras de su propia aldea donde nos dijo que podíamos dormir aquella noche no sólo tendría un impacto enorme en la vida de todos sus vecinos sino gran importancia para su posición personal en todo el valle. En los años venideros, Wali debe haber pensado muchas veces en el verdadero significado de esa decisión, si su rápido acomodo a los "hombres serpiente" habría, finalmente, no sólo de engrandecerlo sino también disminuirlo ante sus propios ojos y los de los demás.

Buena parte de aquella primera tarde la pasamos con docenas de amigos de Wali dentro de su honai, como llaman los danis a la casa de los hombres. Es el gran edificio circular que domina el típico conjunto de una aldea donde viven varias familias humanas y porcinas en diversos refugios. Recuerdo que aquella vez hubo poca conversación, prodigioso rechinar de dientes y una formidable cantidad de humo. El interior de una honai casi brilla por los residuos de un fuego permanente y el fumar ininterrumpido de los danis. El rechinar de dientes llegaba a ser exasperante pues a veces era lo único que se escuchaba. No estaba seguro de si ese extraño ruido se debía por completo a nuestra limitada capacidad de conversación o a cierta ansiedad oculta que experimentaban nuestros anfitriones en presencia de sus nuevas amistades. Con el paso de las semanas llegué a habituarme bastante a este sonido y me di cuenta de que no tenía mayor significado, sino que servía, como tararear o tronarse los nudillos, para pasar el tiempo mientras la mente divaga.

A lo largo de aquella tarde logramos dar a Wali repetidas aunque, como después quedaría demostrado, un tanto vacuas garantías de nuestra intención de nunca interferir en sus vidas. En el poco tiempo que llevaba viviendo en los altos, había escuchado ya de boca de funcionarios gubernamentales historias de misioneros que habían logrado persuadir a los danis de que para tener una vida nueva y mejor debían llevar sus posesiones paganas a un sitio donde, en un verdadero auto de fe, grandes montones de armas, bolsas de red, herramientas agrícolas y objetos sagrados eran reducidos a ceniza. Los

misioneros les decían a aquellos que habían contribuido con sus bienes a alimentar el fuego que una vez liberados de la carga de su barbarie se embarcarían en una vida totalmente nueva y maravillosa. En ocasiones, danis de aldeas más lejanas se enteraban de estos encuentros "religiosos" y los atacaban, disparando flechas y lanzas contra un enemigo cuya credulidad había dejado inerte. Más de una vez oí decir que, al aparecer los atacantes, los mismos misioneros apenas si salvaban el pellejo mediante retiradas en extremo presurosas. Después, decían, iban a quejarse amargamente con las autoridades de Wamena por lo mal que se les protegía de los nativos.

No estoy seguro de qué tan fácilmente comprendió Wali las verdaderas implicaciones de lo que, en daní cortado, tratábamos de decirle; pero sospecho que supo, aún antes de que lo apartara de los demás ese mismo día para mostrarle un enorme ejemplar de caracol marino, un *Cymbium Diadema*, el objeto que ellos más aprecian de casi todo el mundo material y que vine cargando desde Massachusetts, que el cambio venía en camino y que él haría todo lo posible para sacar provecho de lo inevitable. Insistió en que no le mostrara el caracol a nadie más y me indicó con gestos ansiosos que lo envolviera nuevamente y lo guardara en la caja de donde había salido. Al mismo tiempo, me dio a entender que haría los arreglos para que en uno o dos días se matara a un cerdo en conmemoración de nuestra visita y para cimentar los buenos sentimientos ya establecidos. Mientras tanto, debíamos ir a la pequeña colina donde nos dijo antes que podríamos pasar la noche. Estaba oscureciendo y había mucho que hacer y mucho en qué pensar antes de volvernos a ver en la mañana.

La lluvia, que empezó durante la noche, continuó a la mañana siguiente pero no afectó la curiosidad provocada por nuestra presencia. Yo diría que no menos de doscientas personas vinieron a contemplar nuestro pequeño y extraño asentamiento. Casi todos los visitantes de aquella primera mañana fueron muchachos u hombres adultos. Las mujeres eran demasiado tímidas y estaban demasiado ocupadas, aunque estoy seguro de que se las ingeniaron para echar un vistazo desde lejos. Empecé a comprender las dificultades del señor Brass y sus colegas botánicos cuando aparecieron de la nada en 1938. Los danis, a excepción de los muy jóvenes y los muy viejos, eran y siguen siendo atrozmente demandantes. Aun descontando mis propios preceptos de Nueva Inglaterra en lo relativo a esos asuntos, lo justo es decir que los danis están virtualmente libres de cualquier restricción en lo que a expresar sus deseos se refiere. Su curiosidad sobre nuestros atributos físicos y nuestras pertenencias materiales era sencillamente inagotable. Mi cabello, mi piel pálida, mis agujetas, mi cepillo de dientes, de hecho todo lo referente a mi persona era tan novedoso e inexplicable que no fue sino hasta después de muchas semanas de continuo y estrecho contacto que la mayoría de los danis que vivían cerca de nosotros pudieron dar el salto conceptual que les permitió vernos como seres humanos, no tan diferentes a ellos en muchos aspectos.

Durante la primera tarde de nuestra estancia en Kurelu localicé la arboleda de araucarias y decidí que debíamos convertirla en nuestro nuevo hogar. Hasta su nombre, Homoak, parecía propicio. Tenía la mejor agua en millas a la redonda, sombra y bastante privacidad, a pesar de estar literalmente en el cruce de los caminos que llevaban a uno y otro extremo del valle. Los árboles que crecían en este pequeño bosque

tenían cierto aire de monumentalidad. Parecían ser viejísimos y haber crecido cientos de pies con absoluta rectitud. Cuando regresé al valle hace un año, sólo quedaban unos cuantos. Wali me dijo que los habían derribado para sacar la madera con que construyeron una estación de policía poco después de que todos nos fuimos a casa.

Pasé el resto de aquel primer día explorando nuestro nuevo vecindario. La colina donde pasamos la noche estaba sobre un camino muy transitado que unía a varias aldeas establecidas al pie de una suave pendiente por donde se llegaba a la ladera de la montaña, que se perfilaba hacia el este. En sentido contrario, al oeste y hacia abajo, se extendían los cultivos en dirección al propio Baliem. Dos de las aldeas más cercanas, formadas por conjuntos de asentamientos conectados, serían el núcleo de mi nueva geografía durante los próximos seis meses. Ese día me dijeron sus nombres, Wuperainma y Homaklep, pero pasó un buen tiempo antes de que pudiera pronunciarlos con alguna posibilidad de ser entendido. Desde antes de llegar al valle había tratado de aprender algunas frases de las listas de palabras reunidas por uno de los misioneros protestantes. Por desgracia, no llegué mucho más allá de la expresión que se usa cuando dos personas se saludan: *hal loak nak*, que literalmente significa "déjame comer tus heces". Tan improbable saludo, y el posterior refinamiento de extender la mano para agarrar los testículos del otro, desempeñaron un papel prominente en la preparación mental para mis primeros encuentros con los danis. Muchas veces me he preguntado por qué, pero durante los primeros siete meses que pasé en el Baliem nunca me agarraron los testículos. De hecho, hasta que volví en 1989 experimenté lo que 20 años antes había considerado, con cierta incomodidad, inevitable. Mi "agarrador" fue Aloro, un joven guerrero de gran vitalidad que me pareció encantador desde nuestro primer encuentro. Era cojo por una deformación congénita en una pierna pero eso sólo parecía impulsarlo con mayor entusiasmo a lo más encarnizado de cualquier batalla. Nos sorprendimos mutuamente durante mi reciente visita cuando, movido por cierta morbosa decepción, fui a lo que anunciaban en Wamena como "La Aldea de las Momias". Seguí a unos turistas hasta el lugar y los estaba filmando mientras les mostraban un cadáver preservado con humo, privilegio por el cual había pagado un sustancioso precio. Estábamos a punto de partir cuando sentí que me jalaban la manga y me decían "Pom Pom", mi nombre de los viejos tiempos. Un instante después, Aloro encontró mis testículos, y con la misma delicadeza extraordinaria que caracteriza todos los gestos danis, me recordó gentilmente nuestra mutua vulnerabilidad.

La idea de Wali de matar un cerdo iba a ser el clímax de la excitación acumulada por nuestra visita y, sospecho, tenía como propósito fortalecer nuestra alianza con él como principal benefactor y facilitador nuestro. Jan me había hablado mucho de estos festines de cerdo y yo me preguntaba qué tan grande sería el animal y cuánto se esperaba que comiera. En retrospectiva, me doy cuenta de que mi ánimo en aquel momento contenía una cantidad importante de cierta especie de ansiedad generalizada. Yo creía entonces que el problema consistía en ganarse la confianza de un grupo muy grande de desconocidos. En sus manuales de técnica de campo, los antropólogos solían dar mucha importancia a lo que llamaban "rapport". También nosotros veíamos en ello un

requisito indispensable para poder vivir con los danis y participar en sus maravillosas vidas. Lo que contaminaba toda la empresa de un aire de incertidumbre era la posibilidad de estar tratando con gente cuyo honor, al menos en opinión de ciertos hombres de Dios, era por demás dudoso. Tales percepciones, auténticas pero, como habría de demostrarse, totalmente espurias, ayudan a explicar el tono de algunos párrafos que escribí en mi muy caprichoso diario por la época del festín de cerdo de Wali:

Como a las diez de la mañana vino Wali a decirnos que fuéramos a su sili (caserío) para presenciar los preparativos de la fiesta. En el trayecto me puse a pensar lo difícil que sería, aunque dominara su lengua, explicar a Wali por qué habíamos gastado tanto dinero, tiempo y energía en venir desde tan lejos. Claro que para mí el sólo gesto de sacrificar a uno de sus preciados cerdos lo justificaba todo, pero estoy seguro de que él pensaba otra cosa.

Entramos a la aldea llevando con nosotros, envuelto, el caracol de Wali y una cantimplora con té que supusimos habría de ayudarnos en nuestro esfuerzo por hacer los honores a la carne de cerdo. Nos sentamos con los principales hombres de la aldea y disfrutamos de la tranquilidad y frescura de su penumbrosa casa. Los danis fumaban sin parar y rara vez hablaban. La atmósfera parecía un poco tensa por razones que no me resulta fácil explicar. Desde nuestro punto de vista, sabíamos que esta gente era capaz de ciertos tipos de traición. A partir del momento en que entramos a la casa de los hombres parecieron actuar con cierta reserva. Ellos, tanto o más que nosotros, daban la impresión de estar en guardia. Pero también parecían confiados. ¿Fue el ofrecimiento del cerdo un gesto de amistad o una oportunidad para matarnos? Todos experimentábamos una especie de fluctuación emocional, pero ¿hacia qué lado nos inclinábamos? ¿Hacia la enemistad o la intimidad? Quizás tienen miedo de nuestras armas. Tal vez resentien nuestra presencia y el papel que pueda desempeñar en que sus vidas secretas o sagradas se terminen. Al parecer son ante todo guerreros y por lo tanto si nosotros fuéramos a evitar que lleven a cabo sus guerras dejarían de ser verdaderos hombres. Algunos deben haber pensado, estoy seguro, que lo mejor era matarnos para obtener no sólo su privacidad sino también la fama que tal proeza sin duda les traería. (4 de marzo de 1961.)

Al leerlos ahora estos pensamientos me parecen casi dementes, pero en aquel momento reflejaban con precisión el auténtico recelo que tanto Jan como yo sentíamos. Nada desafortunado sucedió aquel día en la aldea de Wali excepto que, poco después de regresar a nuestro hogar temporal, ambos fuimos presa de la más terrible calamidad gastroenterológica que jamás haya sufrido en mis bien viajados años. Mi diario, cuando recuperé las fuerzas para levantar el lápiz, refleja más de esa curiosa suspicacia en lo concerniente a las intenciones de nuestros anfitriones:

Alrededor de las 9:30 pm, después de haber pasado unas ocho extenuantes horas con Wali y sus invitados, salimos de su aldea para dirigirnos a nuestro refugio temporal. Tras una larga serie de discursos en que manifestamos nuestra buena fe y grandes expectativas y de haber escuchado sus propias declaraciones de bienvenida e interés por nuestro bienestar, el ánimo prevaliente parece en definitiva amistoso. Amistad mezclada en este momento con una gran cantidad de aflicción personal por

haber comido demasiado y, tal vez (?), por el obat o magia negra que pudieron haber puesto en los cerdos para matarnos. (6 de marzo de 1961.)

Estos eran las pensamientos que deprimían mi mente mientras nuestros desastrados intestinos mejoraban lo bastante para regresar a Wamena desde donde tenía pensado volar a Holanda antes de reanudar labores. No había decidido aún en qué punto de los vastos confines de esta siempre fascinante isla elegiría quedarme a trabajar. Sin embargo, las opciones se habían reducido a elegir entre el Valle del Baliem y el Asmat. El Asmat era hasta cierto punto más conocido en la "literatura" antropológica y accesible en formas que el Baliem sólo lo sería más tarde. Era una próspera sociedad de, en 1961, sólo ocasionales cazadores de cabezas cuya principal distinción era la majestuosidad de sus logros estéticos. Hoy en día, el mundo sabe bastante sobre el arte asmat, en gran medida, lamentablemente, por las trágicas hazañas de Michael Rockefeller. Es posible que Michael ni siquiera haya oído hablar de los asmat cuando me llegó el momento de ir a visitar a Adrian Gerbrands, un amigo holandés que estaba viviendo con ellos para escribir un libro. Gerbrands me dijo que me enseñaría todo lo que tuviera tiempo de aprender sobre la vida de los asmat y por lo tanto me dirigí allí en cuanto regresé a Holanda. El Asmat ofrece uno de los más extraordinarios espectáculos naturales que jamás haya presenciado pero, como finalmente decidí vivir con los danis, nunca me absorbió de la misma manera que las montañas. Fue un interludio extraordinario, sobre el cual conversé más tarde con Michael Rockefeller cuando se reunió con nosotros en el Baliem.

La desviación al Asmat tomó unas tres semanas. Cuando regresé a Holanda, Heider y Rockefeller estaban por llegar de Estados Unidos. El último día de marzo nos reunimos todos en Wamena y partimos hacia Kurelu en cuanto fue posible. Casi exactamente un mes después de la fiesta de Wali, cientos de danis que escucharon nuestro bote aproximarse a su frontera por un pequeño tributario del Baliem llamado Aikhe nos dieron la bienvenida. Aún era temprano y mientras preparábamos un refugio para la oscuridad que llega tan rápido en las montañas, surgió en el valle, a cierta distancia de nosotros, una impresionante gritería de voces masculinas. Esto es lo que escribí aquella noche:

Súbitamente llegó hasta nosotros un rugido enorme desde lo que parecía ser una gran distancia. Estoy seguro de que el pensamiento de que se trataba de guerra pasó por la mente de todos. Era un grito cargado de júbilo que estremeció la tranquilidad de un mediodía común y corriente. Subí a la colina que está detrás de Homoak y miré por encima de los cultivos al claro que encontramos Jan y yo al llegar por primera vez a Kurelu. Pude ver ahí una oscura masa en movimiento, cientos de cuerpos danzando y cantando bajo el sol. Me informaron que unos días antes, tal vez en Pascua, habían matado a un enemigo en una guerra reciente. Acababan de quemar su cuerpo y ahora era el momento para que nuestros amigos, que habían tomado esta vida, celebraran. No pude resistir el deseo de mirar de cerca y por lo tanto caminé entre los cultivos hasta el lugar de reunión. Habían venido hombres, mujeres y niños, todos con algún atuendo especial. Los hombres iban armados con lanzas, arcos y flechas y todos los demás, al parecer, ostentaban algún adorno. Unos llevaban bastones empu-

mados, otros se habían peinado con plumas de ave del paraíso o lucían collares de conchas. Muchos se habían decorado la cara y el cuerpo con barro de diferentes colores. La energía era inmensa y la proporción enorme. Era un teatro gigantesco con picos de 10 000 pies de altura como telón de fondo y un escenario que literalmente se estremecía con las pisadas de tal cantidad de pies. El cielo brillaba y se oscurecía al ritmo de su celebración. (3 de abril de 1961.)

Estoy seguro de que uno de los participantes en aquella danza de la victoria era Kurelu, el hombre cuyo nombre se había vuelto sinónimo de toda una región del valle, pero yo no lo conocía entonces ni sabía siquiera cuál era su aspecto. Tiempo después llegó a visitarme a la arboleda de araucarias. Debe haber tenido casi cincuenta años en 1961 y era delgado, ágil y de piel un poco más clara que los demás. Era recatado y de trato cauteloso. Kurelu y los demás danis importantes que conocí eran parangones de la modestia. Su grado de autoridad parecía estar inversamente relacionado con la ostentación. A pesar de su enorme riqueza en cerdos y esposas, los dos más importantes indicadores del éxito masculino además de las hazañas de guerra, Kurelu jamás se ponía algo más suntuoso que una delgada banda de fibras tiznadas o un estrecho pectoral de caracoles de tierra alrededor del cuello y una discreta calabaza en forma de pene. Nunca puse en duda la importancia de este hombre para mis proyectos, pues tenía muy claro que su opinión prevalecía en prácticamente todos los asuntos seculares y religiosos. Si lográbamos de algún modo ser amigos, los dos saldríamos beneficiados. El problema, al menos desde mi punto de vista, era lo poco que yo podía ofrecerle, mientras que él contaba con el poder para cerrar la puerta de este mundo daní al cual teníamos tantos deseos de penetrar. Resultó que Kurelu supo del caracol que le había prometido a Wali y un día me dijo que él también quería uno. Mucho después me enteré que Kurelu formó parte de un reducido grupo de grandes líderes danis que fueron llevados a Holanda por los holandeses con la idea, supongo, de que el impacto cultural habría de suavizar sus corazones. Se decía que de su viaje a la costa lo que más extraordinario le pareció a Kurelu fue el océano de agua salada frente a las casas de los holandeses. Su propia sal la sacaban de un pequeño pozo en lo alto de la ladera de la montaña y sus mujeres tenían que ocupar todo el día para obtenerla.

Mi diario asegura que en menos de una semana estalló, con el clamor de voces masculinas que imitaban el canto de la paloma montañesa, la primera de lo que sería una serie interminable de guerras. Esa era la forma de transmitir de aldea en aldea por toda la confederación la noticia de una batalla inminente para que en pocos minutos los hombres supieran que debían dirigirse al campo de batalla acordado.

Desde la colina que está sobre Homoak vi masas de hombres que corrían por la ladera de los cerros en una terrible estampida. Su movimiento estaba sincronizado al sonido de voces humanas y de pronto fue atterradoramente claro que no muy lejos de ahí cientos de experimentados guerreros trataban de matar a alguien. Más tarde, cuando me aventuré a bajar al campo de batalla, pasaba de vez en cuando junto a mí, sobre los hombros de un compañero, algún herido grave. Los transportaban con sumo cuidado, de tal modo que sus cuerpos parecían flotar sobre la tierra, sin jamás

ser sacudidos por movimientos bruscos ni atormentados por las curvas o los recodos del camino. Vi pasar en esta forma a uno de los jóvenes que se sentó junto a mí durante la cena de ayer. Venía cubierto de sangre por una herida de lanza en la pierna. No pude saber cuántos guerreros del bando contrario volvían a casa de igual manera, pero deben haber sido muchos porque la lucha, cuando tenía lugar, era feroz. En otros momentos, como si se hubiera dado una señal que ambas partes reconocían, bajaba la intensidad de la batalla, ambos grupos se retiraban y cesaba la contienda. Entonces, entre grandes gritos y tal vez otros signos que no logré determinar, comenzaba de nuevo. Alrededor de las cuatro de la tarde, mientras nubes de lluvia cubrían el cielo oriental, la guerra, en parte teatro al aire libre y en parte deporte mortal, llegó a su fin y todo el mundo se fue a casa. (10 de abril de 1961.)

Pocos días después Peter Matthiessen, que iba a vivir en Kurelu para escribir *Under the Mountain Wall* (Bajo la ladera de la montaña), se reunió con nosotros justo a tiempo para la siguiente guerra. Estas asombrosas demostraciones de hostilidad ritual fueron frecuentes durante nuestra estancia con los danis. La mayoría de las veces no había muertos en ninguno de los bandos. En ocasiones, alguien moría por heridas que eran graves o se infectaban. Pronto aprendimos que el propósito de la lucha, lejos del exterminio del enemigo o la captura de territorio, era sólo cobrar el número necesario de vidas para ajustar el balance alternativo de muertes entre grupos en conflicto. Si las guerras a gran escala resultaban demasiado lentas para lograrlo, se podía planear una emboscada. Era mucho más probable que una emboscada o una incursión sorpresiva a través de la frontera enemiga produjeran el objetivo deseado.

Entre guerras, incursiones, danzas de la victoria y otras coloridas experiencias, los danis llevaban vidas de tranquila laboriosidad y ánimo sereno. Era entonces cuando podía pensar con mayor facilidad en la película que había venido a hacer. Al principio no estaba seguro de qué tan larga sería y ni siquiera sobre qué iba a tratar. Sólo sabía que deseaba trabajar con personas reales en una "historia" cuyo desarrollo iría de acuerdo con la forma en que fuera observada. Sería totalmente fiel a la realidad pero, al mismo tiempo, una inevitable ficción sustentada, suponía, en la autenticidad de lo que filmara. Decidí que la película iba a tener dos personajes principales, un guerrero y un muchacho.

A unos cientos de pies de donde pasé mis primeros días en Kurelu estaba la aldea de Homaklep. Ahí tenía su casa un hombre llamado Weyak. Vivía con su segunda esposa tras haber matado accidentalmente, según decían, a su primera esposa en un crimen pasional. Aparentaba tener mi misma edad y nos caímos bien desde el momento en que nos conocimos. En muchos sentidos, Weyak era completamente ordinario. No tenía mayor fortuna ni gran influencia. Pero era un agricultor excelente, un buen guerrero y su paciente buen humor hizo de las innumerables horas que pasamos juntos un constante placer. Yo, al menos, me siento satisfecho de que haya "actuado" su papel a la perfección. A este respecto, ni Weyak ni ningún otro habitante de Kurelu sabía lo que era una cámara ni, sospecho, había visto jamás una fotografía. La primera vez que eso sucedió fue en Homoak un día que Wali descubrió a Peter Matthiessen en la solapa de un libro. Recuerdo lo profundamente perturbado que quedé por este "doble" que apareció de pronto, como un fantasma, para afligirlo.

Para la mayoría de la gente, mi cámara significaba en el peor de los casos una molestia pasajera, sobre todo cuando empezaba a sonar junto a su oído en algún momento tenso o inconveniente. Cuando volví al valle el año pasado, me dijeron que ahora se paga una cuota por tomar fotos de los danis. Para 1989, los danis habían comprendido que eran una verdadera mercancía y calculaban sin cesar la manera de promoverse a sí mismos y a su cultura de la manera más rentable. Los recuerdo contando las veces que se abría y cerraba el obturador de algún turista para poder cobrar por cada fotografía. Actualmente estas transacciones son una de las fuentes más inmediatas del dinero que los danis necesitan para comprar cerillos, baterías, espejos y demás objetos irresistibles que los mercaderes indonesios ofrecen por todo el valle. Pero su aspecto "salvaje" no es lo único que está a la venta. También venden las artesanías que fabrican en sus aldeas en una especie de industria casera. Cientos de danis caminan a veces grandes distancias con su modesta mercancía hasta el enorme mercado diario de Wamena. Hay al parecer cantidades inagotables de arcos y flechas recién fabricados, piedras "mágicas" y collares de conchas, muchos de los cuales son comprados por los comerciantes indonesios para revenderlos en territorios turísticos más boyantes y el resto se los llevan los ocasionales turistas asiáticos y europeos.

En Wuperainma, donde vivía Wali, conocí a un chico llamado Pua que llegaría a convertirse en la figura quizás más importante de la película, más importante incluso que Weyak y Wali. Con seis o siete años de edad, ya era un miembro de su familia con responsabilidades. Su obligación invariable era cuidar de los cerdos de su padre. Cada mañana los sacaba de sus pequeñas pocilgas que estaban junto a donde él dormía para llevarlos a las tierras de barbecho donde pasaba largas horas cuidando que no se dispersaran y pudieran ser robados ni se ahogaran en alguna zanja de una parcela olvidada. Ocasionalmente alguien más, una de sus hermanas por ejemplo, se encargaba de cuidarlos y era entonces cuando Pua tenía permitido comportarse como el niño que realmente era. Entonces jugaba los juegos de la infancia dani, como "guerrero de juguete" en el que las semillas de araucaria eran hombres y una vara representaba la torre de observación, y "guerritas" en que disparaban lanzas de juguete contra aros rodantes hechos de viña o lanzas más cortas de hierba unos a otros, a veces con dolorosa precisión y sorprendente semejanza al modelo adulto. A Pua le fascinaban estos juegos porque estaba impaciente por crecer y usar flechas y lanzas de verdad. A fin de cuentas, nunca supo lo que era ser guerrero porque poco después de concluir nuestra visita a los danis se les prohibió la guerra.

Al cabo de unos meses se construyó un puesto de policía en un lugar llamado Jibika, próximo a la aldea de Kurelu donde comienzan las veredas que suben por la montaña hasta los pozos de sal. En lugar de ir a la guerra y a las danzas de la victoria, Pua fue a la escuela donde aprendió a leer y escribir algunas palabras de indonesio, la lengua de los cada vez más numerosos inmigrantes que venían a iniciar una nueva vida en la relativa imparcialidad de su magnífico valle. En cierto punto de su educación, Pua debe haber decidido que en cuanto ser de dos mundos, la edad de piedra en la que había nacido y la edad de Sony a la cual se dirigía, contaba con una oportunidad promisoría de superación personal. Al igual que

muchos otros, urdiría una especie de "mundo dani", para ofrecer sus servicios de guía especializado. Tenía una fuente inagotable de asistencia y consejo en sus parientes más viejos y demás miembros de la generación de sus padres que seguían vivos y no renunciaban aún al espíritu del pasado.

Cuando nos vimos hace un año, Pua me dijo que lo que lo había convencido de ofrecer a los turistas una probada de la edad de piedra fue que mucha de la gente que empezaba a visitar el Gran Valle en cantidades cada vez mayores venía buscándolo específicamente a él, por ser el pequeño porquerizo que habían visto en *Dead Birds*. Dichos viajeros llegaban también con fotostáticas de su fotografía o de las de Weyak, Wali y Kurelu, que habían tomado de libros o de los artículos que todos publicamos hace muchos años en *Life*, *Stern*, *Paris Match* y otras revistas. Tales personas, en su mayoría europeos, eran turistas en extremo conscientes al haberse preparado de este modo. Pero no son de ningún modo turistas promedio quienes llenan los modestos albergues de Wamena. El Gran Valle es turismo avanzado para cualquier parámetro de dificultad y quienes logran llegar probablemente empezaron con más que un interés casual. Durante mi última visita noté que los japoneses eran más numerosos que cualquier otra nacionalidad. Desde la segunda guerra mundial, cuando pelearon ferocemente por conservar sus bases en Nueva Guinea, los japoneses han mantenido un apego intenso y casi místico a este lejano lugar. Otros, que están llegando en cantidades crecientes, representan a una generación sin contacto con la idea de un mundo habitado hasta hace poco por una sociedad de la edad de piedra, pero que tienen sin embargo la suficiente curiosidad para contemplar, tal vez con añoranza, sus melancólicas ruinas.

Tras una ausencia de 27 años, mi reunión con Pua sucedió de la siguiente manera de acuerdo con mis escasas notas:

Mientras caminaba a lo largo del Aikhe hacia la aldea donde Pua vive actualmente, me encontré con un hombre que de algún modo me reconoció y yo a él. Era Siba, el hermano mayor de Pua. Sabía el motivo de mi visita e inmediatamente llamó, en el inimitable estilo dani, PUA - A - A - A - OOOOOO, con la última vocal disparada al espacio por el incremento casi musical de tono y volumen. Inmediatamente escuché el grito de respuesta que indicaba que Pua había oído y venía en camino. Momentos después, una figura que caminaba con paso curiosamente familiar surgió de un matorral de arbustos llamados pavi, palabra que también se utiliza como "enemigo" y significa "mierda". Era un hombre de mediana edad que sin embargo presentaba todos los atributos motrices distintivos del niño Pua. Intercambiamos incontables y, para mí, extrañamente irreales saludos. ¿Quién es, me preguntaba, este impostor que dice ser el niño que vivía, apenas ayer, la vida de un porquerizo de la edad de piedra? (3 de enero de 1989.)

Pronto nos encontramos caminando con un número creciente de personas que conocí en 1961 hacia lo que resultó ser el local comercial de Pua, una aldea modelo donde resucita épocas pasadas. Al principio no me di cuenta de que nos encontrábamos en el equivalente dani de nuestras propias reconstrucciones de las aldeas de los peregrinos o la colonia. Todo lucía muy normal, hasta que fue evidente que nadie la habitaba. No había animales, ni hogueras, ni niños llorando. Era una especie de diorama a escala natural y totalmente fidedigno

en espera de que la gente lo hiciera cobrar vida, como un set cinematográfico abandonado. Pua usaba una extraña palabra para describir esta "aldea". La llamaba "alojamiento". Finalmente comprendí que él pensaba que así se llamaban los lugares donde los turistas pasan la noche. Me explicó que todo estaba arreglado para que los turistas pudieran venir a experimentar la auténtica vida dani. Había incluso bancas, cubiertas con aleros para proteger del sol de mediodía, ubicadas discretamente entre las principales construcciones estilo dani. Los turistas podían llegar solos o en grupo a quedarse en su "alojamiento" por el tiempo que quisieran. Ninguna construcción tenía instalaciones sanitarias del todo satisfactorias pero Pua y otros me hablaron de este problema. Sospecho que empezaban a cobrar conciencia de que eso podía influir determinadamente sobre la decisión de los visitantes de quedarse ahí. De cualquier modo, aquel día no había nadie en su "aldea". Resultó que los turistas eran bastante escasos y como Pua no era de ninguna manera el único que podía guiarlos a una representación de la edad de piedra, de los pocos que llegaban al valle iban quedando cada vez menos al irse distribuyendo. Nos despedimos aquel día después de que Pua me hizo prometer que vendría a su "alojamiento" a comer un cerdo que mataría para mí.

Poco después de encontrar a Pua, empecé a buscar a Weyak. Me habían dicho que seguía vivo y tenía su casa cerca de Elokhera, un tributario del Baliem que crucé muchas veces sobre un tronco cuando iba y venía de los pozos de sal. La última vez que había visto a Weyak no había vehículos y por lo tanto tampoco camino. Ahora hay un constante movimiento de camiones, camionetas y motocicletas en ambas direcciones de un camino que corre como una herida dejada por un enterrador errante. Me tomó pocos minutos llegar de Wamena a Kurelu en minibús. De inmediato encontré a Weyak cerca de un ruidoso puente de metal que cruza el Elokhera. Su casa estaba en una especie de hoyo que concentra todo el polvo y el ruido del tráfico que pasa por el camino. Aunque le falla la vista, no le fue difícil a Weyak descubrir quién era yo, aunque estoy seguro de que mi aspecto lo impresionó tanto como el suyo a mí. Casi treinta años, toda una vida para algunos, nos transforman a todos. Igual que Pua, pero con menos entusiasmo, Weyak habló de cómo iba a entretener a los turistas y me mostró una casa que estaba construyendo para que se quedaran. Eso me hizo recordar las fotografías que había visto años atrás de esas ilusiones asombrosas, y en cierto momento comunes en un mundo que está naciendo, llamadas "culto a la carga". Recuerdo con especial claridad un caso de dos o tres nativos que hicieron la réplica de un avión con restos de madera y lo pusieron en un claro que representaba un aeropuerto. Los arquitectos de esta fantasía pasaron semanas y semanas junto a su creación esperando el aterrizaje de un avión real, cargado de riquezas y esplendor. Me pareció que Weyak estaba fabricando un señuelo semejante, para atraer a los turistas y hacerse rico. En otro tiempo, Weyak construyó casas de gran belleza y utilidad. La casa que me mostró nunca sería habitada. Pronto empezó a oscurecer en el valle, me despedí de Weyak, le dije que me estaba quedando en la pequeña casa de huéspedes indonesia cerca de Jibika y que viniera a visitarme cuando pudiera. Me dijo que cuando terminara la casa que estaba construyendo podía venir a quedarme ahí con toda mi familia,

que mataría un cerdo para mí y cocinaría un saco grande de camotes. Al día siguiente salí en busca de Wali a Wuperainma, la misma aldea donde había vivido durante los últimos 30 años. Nos unimos en un abrazo alimentado a partes iguales por recuerdos de complicidad y sueños perdidos. Mientras me cubría de fervorosos besos me fue llevando suave pero decididamente a la oscuridad interior de aquel mismo honai al que había entrado con tanto recelo hace muchos años. Casi de inmediato, Wali inició el llanto ritual que se lleva a cabo al encontrarse de nuevo con seres queridos tras una larga ausencia. Es un gran lamento sollozante en el cual se derraman fuertes cantidades de auténticas lágrimas por el tiempo que no se ha pasado juntos y, también, como medida absoluta de la felicidad recuperada.

Una vez más, tanto Wali como yo fuimos incapaces de poner en palabras muchos de los pensamientos y sentimientos que atestaban nuestras mentes. Sin embargo, aunque yo había olvidado casi todo el dani que llegué a aprender (nunca fue más de lo que podía intercambiarse con un niño promedio de dos años), sabía lo que trataba de decirme porque me miraba de la misma manera confidencial en que solía hacerlo, al tiempo que enumeraba sus necesidades. Mencionó una y otra vez un radio y pantalones de su medida. Me hubiera gustado saber qué significaba para él ya no tener guerras ni danzas de la victoria y cómo se portaban los espíritus ahora que nadie vengaba la muerte de los demás. ¿Cómo, en resumen, podía él o cualquier otro de mis amigos de la edad de piedra vivir sin las cosas que hacían tan mágicas sus vidas? Pero nunca obtuve respuestas porque las preguntas eran demasiado complicadas para que yo pudiera ponerlas en palabras y de cualquier modo la conversación siempre regresaba a las cosas que Wali quería que le consiguiera. Al despedirme, Wali seguía insistiendo en que le dijera para cuándo quería que me matara un cerdo.

Cuando llegué a nuestro albergue, me dijeron que Kurelu me estaba esperando. Se enteró de que estaba en el valle y vino vestido con pantalones cortos, una camiseta rasgada y un sombrero de tela que lo obligó a cortarse su magnífica melena. Me saludó con su estilo de costumbre, grave, distante y extrañamente inquisitivo, como si estuviera inseguro de si debía o no permitir aquel encuentro. Pero hasta Kurelu, cuyo nombre era ahora un lugar impreso en folletos de viaje, minibuses y señalamientos, quería también que escuchara sus necesidades. Nunca sabré con precisión cuáles eran porque Kurelu era demasiado digno para pedir directamente y yo no tenía ánimo para preguntar. Temía que fuera a decir que quería ropa, una lámpara de mano o quizás hasta un radio como Wali. Después de todo, cierta vez me pidió un caracol cuando supo que Wali iba a tener uno. Así que simplemente siguió viniendo al albergue a la hora de la comida y se sentaba con nosotros a comer con calma enormes platos rebosantes de arroz y fideos y a fumar cantidades prodigiosas de cigarrillos indonesios. Entre más comía, más delgado y pequeño parecía volverse y me preocupaba que un hombre tan viejo forzara su estómago con tal cantidad de comida y vasos de té. Pero se veía decidido a llenarse de ese alimento extranjero y todos nos maravillábamos de su capacidad.

Hice mi viaje de 1989 con la idea de volver al Baliem no por razones sentimentales, sino para hacer otra película. Tampoco ahora tenía totalmente claro cómo hacerlo pero me seguía

preguntando si no habría manera de usar lo que había visto y filmado en 1961 con las imágenes que obtuviera después de tantos años para decir algo sobre el "tiempo" o incluso sobre el cine mismo.

Algo que siempre supe que quería hacer si volvía al valle del Baliem era pasarles *Dead Birds*. Los danis jamás la habían visto, aunque descubri en mi reciente visita que la misión protestante logró conseguir un videocasete que mostraba de vez en cuando a sus invitados. También me dijeron que la razón de que la gente no viera la película en Irian Occidental era que estaba prohibida por las autoridades. Creo que ya no es ese el caso puesto que es poco probable que, en la condición actual de los danis, la película pudiera llegar a provocarles algo remotamente semejante a la rebelión. La gente que más quería que la vieran eran Pua, Wali, Weyak y Kurelu. Kurelu, a diferencia de los otros, no se desarrolla en la película como individuo, pero el proyecto en su conjunto, en varios sentidos, tenía tanto que ver con él como con cualquiera de los demás. Desde el principio pensé en él como la persona que representaba todo lo ancestral y duradero que había en los danis. Por lo tanto, Kurelu no sólo era mi mejor y más relevante crítico sino también mi juez; una de las pocas personas calificadas para decir si había aprobado o no como narrador de esta historia en particular. Finalmente, no estoy seguro de cuál es mi opinión sobre este perturbador objeto llamado *Dead Birds*. Confieso, sin embargo, que mientras preparaba la proyección de la película el año pasado, pensé que estaba haciendo algo que podría ser "bueno" para Pua, Weyak, Wali y Kurelu. Una parte de mí sentía que habían colaborado con demasiada facilidad en este asunto del cambio. ¿Cómo podían hacer tantas concesiones con lo que había sido un modo de vida tan especial? Tal vez llegué incluso a pensar que la película, paradójicamente, se había vuelto más real que ellos mismos y que hasta podía evitar que su mundo se derrumbara por completo. De todas formas, esta película se había convertido para mí, de un modo extraño, en depositaria del alma dani, el ámbar donde quedaron realmente embalsamados.

Milagrosamente, Pua, Weyak, Wali y Kurelu llegaron a la casa de huéspedes de Jibika a la hora convenida. Tenía pensado pasarles la película en el cuarto donde comíamos, en un pequeño monitor de televisión que traje con ese propósito. Decidí que mientras corría la película iba a filmar a este público poco común con la esperanza de encontrar algún significado en cómo reaccionaban ante lo que veían. Recuerdo que tuve cuidado de sentarlos a todos de tal forma que contaran con el mejor ángulo para mirar el diminuto e incongruente monitor que estaba sobre la mesa. También quería estar seguro de que supieran en qué momento comenzaba la película para que no se perdieran la primera secuencia, donde se establece la metáfora central. Al cuidar tan sutiles detalles pasé por alto el hecho de que, aunque era mi voz la que les contaba su propio mito al principio de la película, ninguno podía entender una palabra de lo que decía.

No tardé mucho tiempo en darme cuenta de que lo que vieron aquel día no tuvo mayor importancia. Lo que les gustó no fue la forma sino el contenido de lo que miraban. La película podía haber comenzado a la mitad, ir hacia adelante o hacia atrás, o estar compuesta por cualquiera de las miles de escenas que quedaron fuera cuando la edité tan escrupulosamente hace más de veinticinco años. No me cabe duda,

por cómo los vi mientras estaban sentados mirándose a sí mismos, que se entretuvieron mucho. Tampoco había muchos indicios de que la película los hubiera conmovido de manera profunda aunque dudo que sea posible para cualquier persona mirarse en una manifestación muy anterior y no sentirse afectado en lo absoluto. Los ojos de Weyak se humedecieron pero más por fatiga que por aflicción, y tanto Pua como Wali se llenaron de júbilo y asombro pero, cuando todo terminó y estaba oscuro, quisieron irse a casa en un minibus. Kurelu dijo muy poco pero como su aldea estaba cerca se quedó a cenar con nosotros.

Partí del Gran Valle poco después de la función de *Dead Birds*. Volví a visitar a Pua, Wali y Weyak y ellos vinieron algunas veces a verme pero nunca hablamos de la película ni de qué había sucedido con el mundo que ésta resucita. El único cerdo que vi matar fue en el "alojamiento" de Pua, a donde acudimos a filmar a unos turistas alemanes que él había descubierto en Wamena y convencido de que vinieran a verlo preparar un auténtico festín de la edad de piedra. Tal vez los cerdos de Wali y de Weyak me estén esperando si algún día regreso al Gran Valle. Kurelu, quien nunca me prometió cerdo alguno, murió el 26 de enero de 1989.



Liberación del alma de un cuerpo que se quema en una pira funeraria. Dead Birds, Nueva Guinea, 1961.